

TEMPORADA DEL TEATRO REAL

## La decadencia de un libertino

Madrid. Teatro Real. 23-IV-2019. Verdi, *Falstaff*. Roberto de Candia, Simone Piazzola, Rebecca Evans, Ruth Iniesta, Joel Prieto, Maite Beaumont, Daniela Barcellona. Director musical: Daniele Rustioni. Director de escena: Laurent Pelly.

GIUSEPPE Verdi logró desarrollar su estilo musical en el "interior" de su personalidad de modo natural, "sin complicaciones y sugerencias de la cultura", según Andrea Della Corte. Y, en verdad, pese a su talento y genio artístico, la madurez suele venir acompañada de profusos sudores axilares, desplegados en años de trabajo extenuantes, que él mismo llamó "años de galeras". En sus primeras obras, empleó la matriz del Rossini serio —de *Mosè en Nabucco*—, o del prolífico Donizetti —en *Un giorno di regno*—, e incluso el plantillón del prolífico napolitano Saverio Mercadante —*Il reggente*— que en algunos aspectos prefigura la mezza de su ya no tan juvenil *Ballo in maschera*.

Verdi, que tocó una a una todas las teclas del drama, y en *Falstaff* también de la comedia, comprendió que tenía poco tiempo de vida para contentar a quienes, como su editor Ricordi o Boito, le demandaban una nueva ópera, tras el clamoroso éxito de *Otello*. Pero tras su inicial reticencia y grandes dudas, acabó abrazando la idea con la sapiencia de ciertos cineastas ancianos, también muy shakespearianos en la franja postrera de su vida: como Orson Welles con su *Filming Othello*, o con *Fake*, que es también su propia despedida-fuga, su particular *Tutto nel mondo è burla*.

En Verdi hallamos la pluralidad de temas típica del Bardo: amor, celos, vanidad, honor, relatividad de todo lo existente y lucha de sexos, una liza tan actual, como la farsa de *La fierecilla domada*. Mi momento favorito está tal vez en el último acto, donde las emociones se suceden y condensan sin parón, y el crédulo Falstaff piensa que, en lugar de Alice, ha logrado también ligar con Meg, y se aturulla gritando: "Cupido al fin me recompensa!", y en tono cada vez más grave y sofocado: *Io t'amo!!!, Io t'aaamo!!, Io t'aaamo!, t'aaamo!*

Ese *tótum revolutum* del final lo afrontó el músico con refinado arte vocal, y también como un superlativo orquestador, algo ya prefigurado, como mínimo, desde *Don Carlo*. Su gran talla casi alcanzaba la del propio Wagner, pero con un estilo propio menos complejo, más vertical y modulante. Tras *Falstaff*, algún celebrado fisiólogo foráneo se sorprendería en público de que el famoso octogenario aún mostrara facultades creadoras tan renovadas e incólumes.

El estreno del mes en el Real propone un montaje falstaffiano de Pelly no demasiado realista, pero sí resultón. Tampoco es obligatorio el realismo: el espacio escénico mutó hace tiempo por completo. Si lo respetáramos, habría alguna mini incongruencia: la casa de Sir John es sólo un



pub con barra y grifería. Quizá es mejor localización, pues está mejor definida, la gran escalera que ve brincar a las comadres. Roberto de Candia es un barítono con oficio, de voz seca y 'feota' desde la juventus; no siempre persigue lo cómico, aunque se permita alguna

no lo hizo mal, con un aspecto de burguesita más convincente que las otras.

Y, en fin, Daniele Rustioni dirigió la orquesta del Teatro Real con entusiasmo y vigor rítmico digno de esta causa. Un tanto falto de refinamiento tímbrico y definición

**El montaje falstaffiano de Pelly no es demasiado realista —tampoco es obligatorio el realismo—, pero sí resultón**

bufonada con su inflamado manejo de la voz, para darle más identidad pomposa. El Ford de Piazzola tiene aún lozanía, pero interrumpe mucho la línea canora, restándole pureza, salvo en el potente monólogo de la cornamenta.

Daniela Barcellona, con su rotunda fisicidad, fue tal vez lo mejor de la noche. Hoy esto es inusual en sí mismo, pues el propio concepto de impostación está desapareciendo de la terminología. Con todo, sería injusto olvidar a la soprano Ruth Iniesta, siempre un tanto sobrada, pero que sabe cantar y proyectar la voz. A su lado, Pinto resultó algo timorato. Rebecca Evans, aunque evolucionó a menos,

melódica, con algún *impasse*, mostró empero suficiente competencia para engastar el perfecto mecanismo de relojería que hace avanzar la ópera. Obra que, y perdón por la humorada, despeja al fin la duda de si es o no Bilbao la principal ciudad de Euskadi. Pues bien: lo es. Si Verdi no hubiera pensado en ella como la cuna de nuestra metalurgia, en lugar de Bilbao, habría dicho Falstaff: "¡Ya basta de retorcerme como a una buena pieza metálica de Donosti!"

JOAQUÍN MARTÍN DE SAGARMÍNAGA